

una parte, y la España de Felipe II y la renovación «manierista», por otra, con lo que en ellas hay de crisis política y cultural y, fundamentalmente, de renovación de la lírica, no sólo en su dimensión estilística, sino sobre todo en su consideración de su naturaleza última, lo que ayuda a situar, de paso, la influencia de otros poetas clásicos en el sevillano, singularmente Virgilio y los elegíacos, tan presentes, entre otros aspectos de su escritura, en su propuesta estilística y en su concepción del libro de poesía, respectivamente.

Con todo ello cobra una nueva dimensión el sentido de la cultura herreriana y su proyección en práctica creadora, en modelo poético, una cultura que está hecha de amplios y, sobre todo, profundos conocimientos, de una profunda asimilación alejada de pátinas superficiales, que se vuelca en la poesía menos como recurso ornamental que como conciencia profunda del sentido de la propia escritura. Así, la erudición deja de presentarse como una simple y cuantitativa acumulación de noticias y cobra su auténtico y original sentido (de *erudere*, cultivar, despojar de rudeza), para hacer avanzar la poesía en un camino de perfección que eluda el *cul de sac* de la herencia recibida y se proyecte en una verdadera creación, en la que el autor se implica de manera más comprometida que en la repetitiva y ficcional proyección biográfica, hasta hacer de su práctica su propia vida. En este sentido, ambos autores unidos por el nombre, el poeta quinientista y el crí-

tico contemporáneo, se muestran también unidos por una misma actitud, la que, brotando de un conocimiento extenso y bien asimilado, lo enfoca por senderos nunca hollados, en busca de una luz que es siempre una luz poética, la que enriquece los caminos complementarios de la escritura y de la lectura. A un tiempo, Rafael Herrera demuestra con esta obra que abre nuevos caminos para la indagación y la reflexión sobre la poesía y que ya ha ofrecido en ellos frutos bien granados.

PEDRO RUIZ PÉREZ

IBN WAFID, *Tratado de agricultura*. Traducción castellana (Ms. s. XIV). Ed. de Cipriano Cuadrado Romero. Málaga, Analecta Malacitana, Anejo 14, 188 pp.

Bajo la responsabilidad de Cipriano Cuadrado Romero se presenta una nueva edición de la Traducción castellana de la obra geopónica andalusí, el *Tratado de agricultura* de Ibn Wafid (Toledo, 1007/8-1074).

El ejemplar que sirve de base a esta edición es una copia de una traducción del árabe al romance y a juzgar por su literalismo, hecha en la época de Alfonso X el Sabio. Esta copia de la Traducción castellana forma parte del manuscrito 10.106, conservado

en la Biblioteca Nacional de Madrid y data del s. XIV o principios del s. XV. La copia está truncada al principio y al final y comprende quince folios completos más diecinueve líneas del siguiente folio 16r. A pesar de que tiene numerosos errores, omisiones, cambios de letras y palabras, presenta interés por el estado de la lengua en el momento que fue redactada la traducción castellana.

El manuscrito, procedente del antiguo fondo de la Biblioteca Catedral de Toledo, fue descubierto por el arabista José María Millás Vallicrosa y contenía dos textos distintos escritos por dos manos distintas. El primero de ellos ocupó los dieciséis folios iniciales y el segundo, más cuidado que el anterior, ofreció dos traducciones de obras de agricultura. Una era la traducción del *Compendio* o *Suma de Agricultura* y la otra, la traducción del *Libro del propósito y de la demostración* de Ibn Bassal. Millás asignó la paternidad de la *Suma* a Ibn Wafid; editó y publicó la obra por primera vez en la revista *Al Andalus* (VIII, 1943), bajo el título «La traducción castellana del *Tratado de Agricultura* de Ibn Wafid».

Parece que este *Tratado* fue escrito en el s. XI por el médico toledano Ibn Wafid (1007/8-1074), experto en las cualidades terapéuticas de la botánica, filósofo y jurisconsulto, el cual llegó a ocupar el visirato en Toledo, donde murió. Era autor de varios libros, ninguno de los cuales nos ha llegado en original.

Sólo se conservan seis copias árabes compendiadas de su *Tratado*: dos norteafricanas, editadas por Tihami y Aziman, una de Argel y tres conservadas en la Biblioteca Nacional de París. El manuscrito de Tihami, hecho en Fez en 1358, es la más célebre compilación de la agricultura andalusí y fue descubierto por el arabista Emilio García Gómez en Tánger (cf. *Al-Andalus*, X, fasc. I, 1945). Según él, una de las dos obras que contiene es el original árabe de la Traducción castellana del *Tratado* de Ibn Wafid, descubierta por Millás Vallicrosa.

Las dos versiones medievales del manuscrito 10.126 son anónimas y no ofrecen ningún dato del original traducido ni de su autor o autores. Diversos especialistas como Bachir Attié, A.C. López, J.M. Carabaza apuntan autorías diversas o incluso, dobles. Cuadrado sigue a Millás Vallicrosa y señala como autor a Ibn Wafid.

Espoleado por la necesidad, el hombre ha mostrado interés por la agricultura desde muy antiguo. Alrededor de la era cristiana empiezan a aparecer escritos o tratados dedicados a ello, de la mano de autores como Virgilio, Plinio, Varrón, Columela, Demócrito, Teofrasto, Filemón, y Anatolio de Beirut u obras anónimas como la *Agricultura Nabatea*, traducido al árabe por Ibn Wahsiyya (s. IX).

En Bagdad, durante la época del califato abbasí (750-1258), sobre todo en la primera mitad, muchas obras científicas y literarias fueron traducidas del griego, siríaco o persa al árabe.

En la península ibérica se había establecido en 750 el último descendiente de la dinastía omeya, masacrada en Damasco y bajo la firme tutela de sus descendientes, los emires y califas de Córdoba, se había desarrollado la cultura andalusí en todo su esplendor. El incesante intercambio comercial y cultural entre Oriente y Occidente fue decisivo en la conservación, transmisión y ampliación de saberes y significó la posterior eclosión de la cultura europea. Para ello fue de capital importancia la labor desarrollada por la Escuela de Traductores de Toledo cuyos actores vertieron obras del árabe y hebreo al latín y más tarde, la magna obra cultural emprendido por Alfonso X el Sabio.

En al-Andalus se escriben obras geopónicas como el *Anónimo andaluz*, el *Calendario de Córdoba* (961), surgen autores como Ibn Wafid (Toledo 1007/8-1074), Ibn Bassal (Toledo, 1048-1105), Ibn Hayyay (Sevilla, 1073), al-Tignari (Granada, m. 1125), Ibn Luyun (Granada, m. 1349), Ibn al-'Awwam (s. XII-XIII)...

En este marco político-cultural se debe insertar el opúsculo de Ibn Wafid, apoyado en una sólida tradición geopónica y que ha ejercido influencia en obras como el *Libro de agricultura* de Ibn al-'Awwam (s. XII-XIII) y, a través de su traducción castellana del s. XIII, en la *Obra de Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera (Alcalá de Henares, 1513), escrita en los albores del Renacimiento hispánico. La influencia de Ibn Wafid en Herrera re-

vela que el género despierta interés dentro de la naciente sociedad española y que sus hombres cultos recurren con toda naturalidad al acervo andalusí como fuente de autoridad.

El autor Ibn Wafid concibió su obra como un manual práctico para el cuidado de una huerta como podía ser la Huerta del Rey que él mismo tenía bajo su cargo. Por ello divide su obra en tres partes: el índice de temas, el desarrollo del contenido dividido en capítulos y el calendario agrícola.

El manuscrito de la Traducción del *Tratado* es descuidado y contiene errores de todo tipo, pero ofrece interés por el estado de la lengua. Millás y García Gómez lo fechan en la época alfonsí, teniendo en cuenta la presencia de numerosos arabismos, tanto léxicos como sintácticos, y el literalismo del texto. Hay términos de origen árabe (plantas, flores, frutas), transliteraciones (fases de la luna, meses del año) y calcos semánticos (expresiones temporales).

Cipriano Cuadrado da numerosos ejemplos de uso gramatical (empleo preferente del partitivo, uso del infinitivo en lugar del nombre abstracto, empleo absoluto del relativo, etc.) y destaca que todo ello refleja la fuerte dependencia de la traducción del original.

Para la presente edición, se ha co-tejado cuidadosamente la Traducción con los textos de Ibn al-'Awwam y Herrera y se apoya en la edición y comentarios de Millás y las aportaciones de García Gómez. Se indican tanto las

coincidencias como las discrepancias en las extensas notas que facilitan la comprensión. El texto va seguido de un excelente Glosario de plantas y un vasto Vocabulario para la aclaración de términos.

A pesar de los errores de imprenta y algún erratum, la presentación del libro es cuidada, lo que hace placentera su lectura.

Para el bien del acervo español, el *Tratado* se conserva en su edición actual con todos los honores.

IRIS HORMAN VANNUS

LEE, HERMIONE, *Virginia Woolf*, London, Chatto & Windus, 1996, 892 páginas.

Consciente de su difícil posición al final de una extensa serie de biógrafos deseosos de ofrecer la «auténtica» imagen de Virginia Woolf, la profesora Hermione Lee inicia esta nueva obra sobre tan reiterado tema con la pregunta que en 1938 formulaba la propia Virginia a su amiga Vita Sackville-West: «¡Dios mío! ¿cómo se escribe una biografía?». Las diferentes formas en que comienza este tipo de estudios sobre Virginia Woolf revelan qué diversidad de opciones cabía tomar. Por ejemplo, Quentin Bell (1972) -sobrino de la escritora y autor de su primera biografía en sentido es-

tricto- empieza relatando los antecedentes familiares. Algunos prefieren situar a la escritora en el contexto del Grupo de Bloomsbury, mientras que otros deciden centrar sus investigaciones en un aspecto concreto de la compleja existencia de Woolf, haciendo girar todos sus argumentos en torno a una determinada tesis. A partir de la publicación de los dos volúmenes de Quentin Bell, las sucesivas aportaciones aparecen invariablemente precedidas por una explicación acerca de las facetas que cada nuevo biógrafo considera han sido tratadas de manera insuficiente o insatisfactoria por parte de sus antecesores. Por ejemplo, Phyllis Rose (1978), Lyndall Gordon (1984) y James King (1994) se proponen analizar las creaciones literarias de Virginia Woolf a la luz de su vida, tratando así de superar la principal limitación de Bell, quien intencionadamente se había abstenido de emitir juicios críticos sobre los textos. Desde una perspectiva bien distinta, Roger Poole (1978) se ocupa casi exclusivamente de cuestiones relativas a la salud mental de Virginia, oponiéndose enérgicamente a la opinión generalizada al respecto, mientras que Louise DeSalvo (1989) elucubra sobre el impacto que los abusos sexuales sufridos durante la infancia pudieron tener sobre la personalidad y la producción artística de la autora.

Hermione Lee, profesora de Literatura Inglesa de la Universidad de Liverpool, se distingue de los anteriores biógrafos por ser la primera en to-